

SÁNCHEZ, Cecilia y AGUIRRE, Marcos (editores).
Humberto Giannini: Filósofo de lo cotidiano. Santiago de Chile: LOM Ediciones / Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2010, 286 pp.

César Abarca González

Grupo de Estudios del Pensamiento Filosófico en Chile

El libro es de reciente circulación. Sólo desde enero del 2011 se le puede encontrar en las librerías, lo que lo hace un texto interesante para reflejar, al menos en parte, la situación contemporánea de la filosofía en Chile. Su origen se gesta el año 2007, en el contexto de un debate organizado por el Circulo de Filosofía de la Universidad Academia Humanismo Cristiano, en honor al octogésimo cumpleaños de Giannini.

Se inicia con un prefacio de Marcos Aguirre y una introducción de Cecilia Sánchez, que también son los editores. Después vienen cuatro partes que definen la estructura gruesa del texto. La primera de ellas, "Trayectorias", es de carácter biográfico; en ésta escriben Patrice Vermeren y Gabriel Sanhueza G. Su principal aporte es ayudar a una mejor comprensión del contexto del pensador, con el valor agregado que esto tiene para los que buscan analizar su filosofía, que es hecha desde y para la cultura en que está inserta. Además se muestran y se aclaran algunas facetas poco o mal conocidas de la figura humana de Humberto Giannini.

En las dos últimas partes del libro encontramos primero "Comentarios publicados", donde se puede nombrar, entre otros, el "Prefacio a La reflexión cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia", de Paul Ricoeur, y "Humberto Giannini", de Jorge Acevedo Guerra. Escriben también acá otros destacados filósofos: Pablo Oyarzún, José Jara, Patrice Vermeren. Y finalmente, la parte llamada "Textos dedicados", donde escriben Óscar Velásquez, François Fédiér y Cristóbal Holzapfel.

"Lecturas" es la parte que trabaja el fondo filosófico con una mirada nueva y refrescante. Se constituye así como el aporte más significativo del libro y por lo tanto será el eje de esta reseña. Está constituido por interpretaciones diversas y originales no publicadas antes, donde incluso, en algunos momentos, se pueden observar matices únicos y distintos a los planteados por el autor homenajeado con estos estudios.

La interpretación y valoración que hace Lenin Pizarro Navia sobre la “experiencia” se plantea como elemento fundamental del pensamiento de Humberto Giannini, el cual busca arrancar a la filosofía de su actual miseria de disciplina olvidada y reducida a estar fuera de la contingencia, situación válida por lo menos en el contexto chileno, donde incluso en algunos casos a caído en el abuso de la retórica, siendo envuelta por una suerte de espiritualidad falsa. Dice Lenin: “La filosofía, cuando no asume su propia época como elemento central de sus análisis, es una reflexión hecha en el aire, a espaldas del mundo, a espaldas del ser humano, a espaldas de sus dolores y de sus padecimientos”.

Es la experiencia, como un concepto y acción fundamental del intelectual de esta disciplina, la que hace girar a la filosofía hacia una escucha atenta del “latir del corazón de las cosas y los seres humanos”. Esta escucha es una forma resuelta y pensada de encontrar al otro que en términos sociales se extravió en Chile después del golpe de Estado en 1973.

El análisis y puesta en práctica de este concepto busca entonces aportar a la reconquista como lugar de encuentro de un espacio público o civil, que después de los quiebres de la convivencia marcada por el golpe se fue degradando. Esta filosofía de la experiencia hay que leerla entonces como una filosofía social y política en su sentido más profundo, que como tal, es pensamiento reflexivo y crítico de los hechos constitutivos de la realidad social específica de Chile.

En un sentido más amplio es igualmente, en términos prácticos o teóricos, un intento de superación de la soledad del sujeto moderno, que se mueve o funciona en un puro estar juntos o como lo llama Giannini en una “presencia deficitaria”. Este proyecto toma cuerpo en la búsqueda de una comprensión más rica de la persona y es, en cuanto reconquista del espacio público y búsqueda de superación de la soledad, pensamiento comprometido, consecuente y valiente.

Esta búsqueda se da para Giannini a partir de un certero conocimiento del lenguaje. Igor Albornoz y Eduardo Fernandois analizan este tema. El lenguaje tiene un carácter práctico de uso cotidiano que interpela el hecho de que estemos inmersos en su uso: vivimos en las palabras, de manera que este no es meramente un producto artificial sino el lugar donde se juega la existencia del ser humano, que realmente no es un yo solitario, sino un yo y un otro inter-actuando necesariamente por sus diversas exigencias. Esta postura, evidentemente, es una crítica al positivismo lógico, lo cual no es meramente un accidente o una nota a pie de página, ya que esta corriente ha tenido en la tradición intelectual chilena una importante influencia que por sus carencias debe ser cuestionada.

El lenguaje es adaptación inteligente que busca encontrar la unidad en la diversidad, de manera que a partir de la percepción se desarrolla una unión que da o dibuja un sentido coherente. En este movimiento nunca se pierde el estar volcado hacia las cosas, y es justamente esta acción la que produce la experiencia, cuestión clave en el pensamiento de Humberto Giannini.

En la medida en que este lenguaje es comunitario y por lo tanto de encuentro con los otros, el movimiento es plenificante; en caso contrario, el lenguaje aparece como extraño y nos lleva a vivir a los otros como algo sin sentido. De esta forma la soledad o desencuentro es, fundamentalmente, una crisis del lenguaje y por lo tanto de la experiencia de lo humano. Vemos entonces que el lenguaje puede convertirse en una trampa peligrosa, porque no basta con hablar o entregar información. El encuentro de lo humano y de lo otro, en términos generales, nunca es un mero proceso; más bien requiere de una “proximidad” que es un saber y un estar vuelto o expuesto a la acción del otro, que siempre es un alguien.

Destaca en Maximiliano Figueroa M. la analogía que hace entre Sócrates, filósofo muy antiguo de tierras lejanas, y Humberto Giannini, contemporáneo de estas latitudes, sobre todo por sus similitudes en la manera de entender y vivir la filosofía como algo cotidiano, e incluso como una suerte de acción callejera: “Con Sócrates la filosofía adopta la forma de una actividad callejera que, como tal, no rehúye, sino que busca el encuentro con la cotidianidad, busca precisamente acontecer ahí”.

La calle se constituye como origen de la ciudad, en cuanto espacio simbólico de expresión y de encuentro natural, de manera que la reflexión que se realiza hoy en y desde la calle, es una forma de reencontrar –aquí la relación directa entre Giannini y Sócrates– en la filosofía un discurso público, que es siempre una defensa de la democracia en sus fundamentos y, paralelamente, una crítica a la intelectualidad que se entiende a sí misma como un quehacer distante desde la distancia. Justo aquí podemos entender mejor la idea de reflexión en Giannini, donde se juega en una tensión entre lo público y lo privado, de manera que relaciona lo social, político, ético y existencial.

En la “reflexión callejera” destaca especialmente la dimensión política, ya que lo propio de este espacio es igualar a las personas en el encuentro, o disolver, al menos momentáneamente, las diferencias, posibilitando así el diálogo y el acuerdo ciudadano en relación a los temas de la vida en la ciudad.

El sentido ético y existencial se da en el “aparecer de lo humano como imprevisible”, lo que conlleva una apertura a lo

propio de personas reales y específicas, es decir, al valor de Juan o de Julia, que son descubiertos en la proximidad. Este movimiento, si se da, nos lleva a sentirnos responsables unos con otros y por lo tanto a comportarnos en cuanto sujetos éticos, siendo esto constitutivo de una particular existencia.

Con una dinámica cercana a la anterior encontramos un análisis de “la pausa como temporalidad y hospitalidad” en el texto de Claudia Gutierrez O., donde destaco el uso de dos figuras de lo otro, la plaza y el bar, que interactúan con las ideas anteriores sobre la calle.

La plaza es histórica y urbanamente eje de acción ciudadana. Es parte del dominio público y “es el primer gesto fundacional en nuestras historias de pueblos colonizados. En este sentido, toda una geometría ciudadana se dibuja a partir y en torno a ella... todo parte desde ella y llega a ella”, de manera que es fundamento de la continuidad de la cotidianidad y por lo tanto es unión de la temporalidad, pero igualmente es, en cuanto espacio público para la pausa, irrupción o quiebre de este continuo. De manera que “es la pausa la que instaura la continuidad temporal”, es en ella donde, de forma privilegiada, se funda la reflexibilidad como tensión y como creación a partir de la acción de estas fuerzas.

En el bar encontramos una especificidad propia. Si bien también es lugar de encuentro, se constituye como complemento de la plaza porque ahí existe una dinámica que define el tiempo como cualitativo, al vivirse como un bloque unido y compacto donde la marginalidad y el anonimato son los elementos base que permiten que todo gire en torno al “conversar-se”, a un tiempo íntimo de gozo y descubrimiento de la otredad, y donde la regularidad del tiempo positivo o pragmático, típico de la productividad del día, desaparece. Bar y Plaza se constituyen así como pausa, como encuentro hospitalario y como respuesta a esa situación tan latinoamericana que es la soledad oculta.

La visión de Alex Ibarra Peña plantea un análisis particularmente interesante, sobre todo de las polémicas filosóficas mantenidas por Humberto Giannini con otros filósofos chilenos. Lo denomina un “sano polemista” o “polemista constructivo”, diferenciándolo de un mero polémico, donde lo distinto se constituye en que el primero es “capaz de explicar y defender razonablemente su pensamiento” cuando éste es incluso contrario a las convenciones.

El debate entre Rivano y Giannini, en los años sesenta, resulta ejemplar al mostrar la buena disposición existente en ese momento para leerse y discutir abiertamente, a pesar de las importantes diferencias existentes entre ambos intelectuales, cuestión que no sólo

no hace daño a la filosofía y a la sociedad, sino que al contrario, resulta ser un ejercicio plenamente necesario y vivificador, ya que ayuda a los filósofos a salir del enclaustramiento físico de sus oficinas, y del cierre teórico de sus súperespecializaciones. Además entrega un plus al mostrar públicamente la belleza y valor del pensar crítico.

Por otra lado, complementando lo anterior, la polémica válida, desarrolla fortaleciendo y enseña en forma práctica el uso del lenguaje, del pensamiento libre, y a valorar las ideas distintas o discrepantes, pero por sobre todo enseña el valor del ser humano; he ahí una real democracia de las ideas que debe ser parte de la práctica política en una democracia.

Además Alex Ibarra no solo no se queda en la superficie, sino que pasa a una práctica cercana a la del polemista; lo hace a través de un evidenciar algunos de los supuestos sobre los cuales se teje la obra de Humberto Giannini, posibilitando así una mejor lectura crítica de su pensamiento, lo cual, algo paradójicamente, es una forma de seguir al filósofo homenajeado. Destaco este punto porque esto se constituye como una falta general en los aportes de este libro.

José Santos repara inteligentemente en un punto poco analizado en relación al valor, parcialmente oculto, de un libro de Humberto Giannini que desde hace tiempo es un verdadero clásico de la filosofía en Chile: la *Breve historia de la filosofía*. Este libro es sin lugar a dudas el camino de entrada de la mayoría de las personas que se relacionan, en alguna medida, con la filosofía y esto debido a su amplia difusión y uso.

Probablemente por su uso extendido y/o por su carácter introductorio no enciclopédico se tiene la idea generalizada de un texto de menor valor o profundidad, cosa que en una lectura atenta, entrelíneas, se descubre muy errada. Por el contrario, el libro no solo informa, sino que “hace” participar al lector valiéndose de una estructura no cerrada ni definitiva, donde los conceptos evitan siempre ser oscuros. En el texto hay una seducción constante y de carácter literario, usada para atraer y motivar el pensamiento propio del lector.

Desde los primeros autores expuestos en esta historia, se entiende a la filosofía como algo vivo, que no tiene un sentido encerrado en sí mismo, o peor aún, sacralizado fuera del tiempo actual. Al contrario, la tradición se lee reflexivamente, es decir en tensión con el presente, buscando ser aporte a la comprensión de la situación que se vive en la actualidad. Entonces, como dice José Santos, se trata de “establecer un diálogo con ella y hacerlo de tal forma que podamos estar en condiciones de escuchar el pensamiento ajeno respetuosa y abiertamente, apropiándonoslo en lo que tiene de

valioso para nosotros, sin que ello implique una suerte de rapiña". De hecho, el mismo libro se va transformando en sus reediciones, lo que evidencia el carácter dinámico de éste y de la manera de entender el pensamiento que tiene Humberto Giannini.

Pavella Coppola Palacios destaca al escritor, nos muestra el uso de las palabras y las estructuras para el beneficio de la filosofía, donde se desarrolla una relación entre belleza, vida y filosofía. Quizás el mejor ejemplo de ello es justamente la *Breve historia de la filosofía*, al ser esta una "obra totalizadora" y no parcializadora, que busca sumar los aspectos nombrados arriba y que se desarrolla, dice Pavella Coppola, como una forma de novela detectivesca que nos llama a entrar en el libro y relacionarnos vitalmente con él.

Vemos sin lugar a dudas que el libro nombrado es propiamente una acción filosófica, dirigida especialmente al espacio de la educación y por lo tanto a los jóvenes, que son siempre el inicio del pensamiento. Busca hacer ahí lo que piensa, es decir, llevar la filosofía a los espacios públicos para que sea tomada y desarrollada.

A cada paso que se da en la obra de Humberto Giannini y en sus interpretaciones desarrolladas en este libro por los autores nombrados, podemos descubrir de fondo que, y como plantea Ricardo Salinas A., el aporte que hace a la filosofía intersubjetiva "implica un nuevo planteo del sujeto que lleva a superar los impasses de la gnoseología del racionalismo y del empirismo", descubriendo así el rol que tiene la subjetividad "encarnada" y desarrollando una filosofía del diálogo y de la acción comunicativa. Este sujeto se plantea como base para una ética de la intersubjetividad e interculturalidad.

Subyace a lo largo de este libro una cierta fiesta del pensamiento, que se manifiesta en la diversidad y riqueza hermenéutica de los distintos artículos y autores. Este es su mayor valor, ya que se constituye, hasta cierto punto, como *un hacer* lo que se teoriza, ya que inicia la posibilidad de dialogar, de desencontrarse y encontrarse, generando finalmente un horizonte de comprensión mayor y sobre todo un encuentro que nos hace redescubrir al ser humano. Y sin embargo, sin quitar valor a lo dicho, es necesario declarar una falta de desarrollo mayor en la lectura crítica hacia Humberto Giannini, lo que no es nunca un afrenta al autor, sino todo lo contrario, se manifiesta como parte de su propia manera de entender el oficio.

Hay en sus líneas un aporte al fortalecimiento de la filosofía en Chile, que aún necesita superar primero la pura repetición o traspaso de contenidos de las filosofías clásicas. Por eso los autores del libro insisten en la necesidad de mirar y reflexionar sobre nuestra situación y experiencias comunes, intentando en este movimiento ayudar a construir una identidad social e histórica. Y parece ser esto

lo que está ocurriendo en Chile en los últimos años, sobre todo a partir del “Congreso Nacional de Filosofía” en octubre del 2009, que retomó, con la ayuda de manos nuevas, una tradición perdida durante demasiados años.

En el congreso se planteó, como una necesidad impostergable, conocer el pensamiento diverso de nuestro país, dialogarlo y debatirlo de modo democrático, teniendo en cuenta los problemas propios de la sociedad contemporánea. Además se dio cuenta de la urgencia de cultivar y defender la actividad filosófica. A partir de ese encuentro surgieron distintos proyectos y se fortalecieron otros. Por ejemplo, se concretó, en el mismo congreso, la creación de la “Corporación Asociación chilena de filosofía” y otras instancias más particulares como el “Grupo de Estudios del Pensamiento Filosófico en Chile” y el “Centro de Difusión del Pensamiento Filosófico Chileno”, entre otros.